

EL MARCO INTERDISCIPLINAR Y ESPECIFICO DE LA INVESTIGACION SOBRE «OPINION PUBLICA»

(Propuesta de relación entre «Sociología»,
«Sociología de la comunicación», «Derecho político»,
«Opinión pública» y «Comunicación política»)

Por JOSE LUIS DADER

La expresión «opinión pública», atribuida a Mercier de la Rivière en 1767 o a J. J. Rousseau en 1744 (1), ha tenido la mala suerte de obtener un enorme éxito, desde su invención hasta nuestros días. La popularización del término, hasta el punto de convertirse en latiguillo imprescindible de cualquier político, famoso, periodista o ciudadano ilustrado, ha difuminado su contenido y casi imposibilitado el éxito de la pesquisa científica en torno a este concepto tan magmático.

Y ello a pesar de la antigua preocupación que ha despertado, desde la Grecia clásica hasta hoy, a los más diversos científicos o pensadores socia-

(1) La tesis de Mercier de la Rivière es sostenida por MURILLO FERROL en su *Estudios de sociología política*, Tecnos, Madrid, 1963, pág. 93.

En cambio, E. NOELLE-NEUMANN aporta la otra versión en «Public Opinion and the Classical Tradition: A Re-evaluation», en *Public Opinion Quarterly*, 1979, pág. 147.

JÜRGEN HABERMAS, en *L'espace publique* (v. o. *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, 1962), Payot, París, 1978, págs. 102-103, había sostenido el mismo dato que Noelle-Neumann recordando que Rousseau fue el primer autor que utiliza la expresión concreta «opinion publique» en su célebre «Discurso sobre las artes y las ciencias», cuando dice: Los críticos sepultan los fundamentos del creer y aniquilan la virtud, dedican su talento y su filosofía a la destrucción o el socavamiento de aquello que los hombres consideran sagrado; *se enfrentan a la opinión pública («c'est de l'opinion publique qu'ils son ennemis»)*.

les a través de denominaciones tan relacionadas como «voz del pueblo», «*consensus communis*», «ley de la opinión», «ley de la censura privada» o «voluntad general».

Es sin duda paradójico que, incluso en las Facultades y Escuelas de Comunicación, surgidas en el mundo occidental con pretensión sistematizadora e investigadora, la «opinión pública» comenzara siendo una de las materias nutrientes, apoyada en la citada tradición, para desarrollar luego una vida lánguida, a veces abocada a su extinción como disciplina universitaria, en medio del vigor obtenido por áreas hermanas como «sociología de la comunicación», «*mass communication theory*», «*international communication*» o «*political communication*». Dentro de esta dinámica no es extraño que la materia «opinión pública» sea una de las pocas —no sé si la única— que aun figurando en los planes de estudio de las jóvenes Facultades españolas de Ciencias de la Información, todavía no cuente, en el momento de redactar estas líneas, con el primer catedrático de la especialidad en el Estado español.

Por consiguiente considero urgente e imprescindible como aspecto introductorio, exponer algunas de las causas y repercusiones de esta situación, al tiempo que propongo un marco específico de sistematización y desarrollo de una moderna investigación en «opinión pública». Para ello no será precisa ninguna originalidad intelectual; bastará tan sólo una labor de recopilación de diversos argumentos y voces, mucho más autorizadas que yo, pero a los que en pocas ocasiones se ha conseguido reunir de un modo sistemático.

Ha sido Elihu Katz uno de los autores que recientemente (1980) ha iniciado una reconsideración mundial, dentro de las Ciencias de la Comunicación o la Información, para restituir y reconsiderar a la «opinión pública» como un área central de estos estudios. En concreto Katz deplora «la manera en que el estudio de la '*mass communication*' ha sido desconectada en los últimos años, del estudio de la 'opinión pública'» (2).

Jay Blumler, director del Centro de Investigaciones sobre Televisión de la Universidad de Leeds, se hace eco de esta misma queja, pero señala esperanzadamente la emersión de un movimiento interdisciplinar, con Elizabeth Noelle-Neumann a la cabeza, que pretende introducir líneas frescas de interrelación entre nuestro conocimiento de los roles de los «*mass media*», los procesos de formación de la opinión pública y las actividades de las instituciones democráticas.

En relación con esta necesidad, Blumler puntualiza que es imprescindible

(2) ELIHU KATZ: *On Conceptualizing Media Effects*, en THELMA MCCORMACK (ed.): *Studies in Communication*, vol. I, Jai Press, 1980, pág. 120.

ble y urgente desarrollar una *filosofía política de la «mass communication»* y conectar esto con una serie de principios rectores acerca de lo que la comunicación pública debe ser, en consonancia con una visión de la política democrática (3).

De este modo se superaría por un lado la estrecha visión que ha venido reduciendo a los especialistas en «opinión pública» a meros polemistas o realizadores de sondeos de opinión, y al mismo tiempo vendría a solventar las deficiencias e incertidumbres que en general socavan otras orientaciones en exceso pragmatistas de las Ciencias de la Comunicación.

No se trata de oponer una materia idealista y utópica contra las realidades empíricas de la «sociología general», la propia «sociología de la comunicación» o la «teoría de la comunicación social», sino de contribuir a una especialidad «realista» que justamente obtenga la simbiosis, también abogada por Blumler, de las corrientes empiristas y teóricas en el análisis de la comunicación contemporánea (4).

Puestos a realizar esta conjunción, desde luego no reducible a ninguna disciplina en exclusiva, es sin duda de especial aplicación al terreno de la «opinión pública», ya que en su seno apareció tanto lo que se ha denominado «tradición clásica» (de pensamiento teórico y análisis histórico acerca del deber ser y la realidad de los movimientos populares, la constitucionalización de las libertades, etc.), como la empírica y cuantificadora «ciencia de la opinión pública» volcada en el análisis y ejecución de sondeos, escalas de actitud, etc.

Su reunificación, por otra parte, no responderá a un mero prurito «anexionista», sino a la evidente carencia que los estudios sobre las repercusiones sociales de los medios modernos de comunicación tienen de una visión, no sólo descriptiva, sino también evaluadora del papel y alternativas de cada uno de sus elementos en el marco de una auténtica, no ya «ciencia del Estado», sino «ciencia de la comunidad democrática».

Pero como queda apuntado, la reunificación no puede limitarse a una síntesis de niveles empírico-teóricos. Sino que requiere además una penetración entre algunas de las áreas que antes hemos considerado desgajadas, y la colaboración con otras de las citadas que, aun manteniendo su lógica autonomía e incluso superioridad jerárquica, disponen de preciosas posibilidades de interdisciplinarietà.

(3) JAY BLUMLER: *Political Communication: Democratic Theory and Broadcast Practice*, Paper of University of Leeds, diciembre de 1980.

(4) JAY BLUMLER: «Teoría e ricerca sui Mass Media in Europa e in America. Gli obiettivi della ricerca sulla comunicazione di massa: Una prospettiva transatlántica», en *Problemi de l'informazione*, abril-junio 1979.

EL MARCO SOCIOLOGICO

La síntesis más ineludible que pautará el resto de las aportaciones en la construcción del marco de actuación científica de la moderna «opinión pública» procede de la ya mencionada conjunción entre «opinión pública» (teórica y empírica) y «sociología de la comunicación».

En el caso español hay una razón coyuntural por la que urge todavía más esta síntesis: mientras en otros países razones pedagógicas han aconsejado dentro de las escuelas de comunicación, el troceamiento o fragmentación de «opinión pública» y «sociología de la comunicación», haciendo más asequible a los estudiantes el acceso a este vasto campo, en España nos encontramos con que la división ha sido mucho más radical, existiendo la materia «opinión pública» en las Facultades de Ciencias de la Información y la de «sociología de la comunicación» en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Es por ello doblemente preciso en nuestro caso la integración en una sola materia, al menos en lo que atañe a las Facultades de Ciencias de la Información. En caso contrario sus estudiantes se verían privados de una de sus materias más específicas, la referida sociología particular.

Pero hay razones mucho más de fondo para reclamar esta unión. Aparte de lo ya apuntado por Katz, es obvio que las distintas concepciones de los fenómenos de opinión pública y las repercusiones sociales de las distintas alternativas y vicisitudes de la comunicación pública marchan siempre unidas de suyo.

Ya Murillo Ferrol escribió entre nosotros en 1963 que «el planteamiento moderno de la opinión pública viene estrictamente condicionado por la extensión de los medios de difusión y por el debilitamiento de las barreras que los dificultan» (5).

Y es que, en efecto, muchos temas propios de la formación de opiniones colectivas, de la legitimación de cauces de expresión de la opinión pública, de la distorsión y suplantación de opiniones particulares en el lugar de las opiniones verdaderamente mayoritarias, etc., serían hoy inexplicables si no atendiéramos al mismo tiempo a los mecanismos de formación de actitudes, de los límites psicológicos de la persuasión, de la efectividad potencial de los distintos *mass media* en distintos tipos de audiencias y colectividades, de la repercusión de las relaciones entre *mass media* e instituciones políticas en el propio funcionamiento de tales instituciones o en el destino de la misma de-

(5) MURILLO FERROL: *op. cit.*, cap. sobre «la opinión pública».

mocracia liberal. Todos estos temas, catalogables con ánimo diferenciador como de «sociología de la comunicación», no pueden sustraerse en la comprensión de una moderna teoría de la «opinión pública».

Me atrevo a afirmar, pues, que la «opinión pública», si quiere abandonar sus reduccionismos de idealismo político o practicología de los sondeos, requiere el aprovechamiento o perspectiva de una «sociología de la comunicación», con atención a la estructura y naturaleza de los medios actuales de comunicación (industriales y no), al estudio de los efectos de los *mass media*, los usos comunicativos de los «comunicadores profesionales» y a los condicionantes de la comunicación social actual, en definitiva. Todo lo cual he procurado que se refleje en mi programa. Pero la conexión no puede limitarse a esta versión operativa de yuxtaposición de temas de «sociología de la comunicación» y de «opinión pública». Es precisa además su integración con las líneas de teoría sociológica que justifican dicho propósito.

Expondré más adelante otra estrecha relación entre «opinión pública» y «comunicación política». Pero como también se desprende de una visión comprensiva del concepto, la «opinión pública» no se reduce a una dimensión política. Sino que por otra vía sería considerada una pieza o elemento a globalizar en el conjunto más amplio de la comunicación social.

Desde esta última perspectiva es evidente la dependencia del tema que nos ocupa, no sólo de una «sociología de la comunicación», sino incluso de la propia sociología general. Los temas básicos del comportamiento grupal, la formación de actitudes y aun la división de roles en el marco institucional, por ejemplo, no pueden obviarse en «opinión pública» y son clásicos, por otra parte, de la sociología general o la psicología social.

No obstante esta relación entre sociología, «sociología de la comunicación» y «opinión pública» ha venido entendiéndose por lo usual como una relación jerarquizada y de alimentación unidireccional desde la primera hacia la última, cuando en realidad hay otros científicos sociales que plantean una relación triangularizada en plano de igualdad o incluso capitalizada por la noción comunicacional.

La aportación de A. Moles

A esta nueva visión contribuye por ejemplo en la bibliografía más reciente el pensamiento de Abraham Moles, quien en 1981 ha escrito que incluso la propia noción de sociología —entendida al modo tradicional, por influencia de Durkheim, como un estudio de la idea nuclear del intercambio o la división del trabajo—, ha de ser sustituida por una nueva ciencia

social, sociología de la comunicación o «ecología comunicacional», basada en la idea nuclear de las interacciones y la existencia de cambios en los modos de interrelacionarse o comunicarse (6). Desde esta perspectiva la «sociología de la comunicación» sería la especialidad sociológica de vanguardia y el motor de la futura sociología.

Moles dice en efecto que lo que él denomina «la red de recolección de las opiniones» constituye, junto con la «red de servicios» y la «red de obligaciones sociales» o de «pautas de contrapartidas» («*reseau des contraintes*»), los tres grandes canales de relaciones funcionales que definen el modelo de sociedad que en cada momento tiende a imponerse.

Desde el punto de vista socio-histórico, Moles traza una evolución a lo largo de tres modelos sociales, según la combinatoria entre estas tres redes provoque unos resultados u otros, describiendo en última instancia un modelo contemporáneo imposible de detallar aquí, pero básicamente caracterizado por una separación funcional entre administradores, administrados e intelectuales («tres ciudades en una sola ciudad»), en el que el aislamiento o atomización real de unos y otros es un producto contaminado de la superproducción de opiniones cuyo artilugio o tecnología comunicacional más exitosa consiste en los sondeos de opiniones.

En esta situación la red de recolección de opiniones, o como él dice, de producción de opiniones en definitiva, es fundamental para mantener el equilibrio de las otras dos redes y, por tanto, para los mecanismos del sistema.

La «opinión pública» o conjunto de opiniones individuales o celulares, posteriormente colectivizadas o abstraídas por diversos métodos de inferir opiniones en representación —desde los sondeos al voto político—, constituye así un fenómeno de importancia social y política que desemboca en repercusiones —ya sean sociales o políticas— de primer orden. Como ejemplo extremo de ello, Moles considera que una visión fríamente funcionalista podría apoyar la idea de que el recuento sistemático, exacto e instantáneo de opiniones particulares haría innecesario el sistema formal de la democracia parlamentaria. Porque, pervirtiendo la vieja frase de Lazarsfeld (7), ¿cuando se sabe qué es lo que piensa la gente para qué preguntárselo? La relación política se reduciría así al exclusivo valor de su funcionamiento e impersonalizaría, automatizaría e intensificaría aún más el carácter anónimo de los ciudadanos.

(6) ABRAHAM MOLES: «Modeles communicationnels dans la société et modification des structures sociales», en *Les Cahiers de la Communication* vol. 1, núm. 2, 1981, pág. 131.

(7) LAZARSFELD: «¿Cuando se quiere saber qué es lo que piensa la gente, por qué no preguntárselo?», frase recogida por MOLES: *op. cit.*, pág. 177.

Partiendo, pues, del concepto nuclear de comunicación y siguiendo muy por encima el discurso de Moles hemos estado hablando, en definitiva, de temas tan sociológicos como la sociedad de masas o la diferenciación funcional de los sistemas sociales; y simultáneamente de la transformación del sistema político, los procesos de legitimación del poder político y social por la «opinión pública» y hasta de las características esenciales de un sistema de «opinión pública» dentro de un sistema social determinado.

Intencionadamente se habría estado produciendo en esta argumentación una simbiosis y superación de la vieja pugna por el tema de la «opinión pública» entre investigadores de la sociología y del Derecho político. Pugna a la que deberé referirme de nuevo más adelante. Y es que, en definitiva, como señala taxativamente el propio Moles: «Pasamos progresivamente de la idea de comunicación a la idea de poder» (8).

La aportación biosociológica

El planteamiento de Moles, capitalizador de la idea de comunicación como clave de interpretación de los problemas políticos, sociales y de «opinión pública» en resumidas cuentas, no es original, sin embargo.

Reconsiderando de adelante hacia atrás la teoría sociológica pueden encontrarse otras sólidas construcciones que apuntan a lo mismo.

En primer lugar, la también reciente sociobiología presenta en una de sus variantes menos radicales un esquema de pensamiento que conviene no pasar por alto: Williams y Pierce en su *Communication as Biosystem* plantean que la diferenciación decisiva de la problemática y realidad humana, tanto individual como social, proviene de su peculiar sistema de comunicación, abierto y espontáneo, en nada comparable a cualquier otro sistema comunicativo mecánico, cibernético o biológico (9).

El sistema de comunicación humana, al ser abierto y progresivo (en todo momento admite nuevos significados y nuevas formas de denominación de la información ya conocida por la especie), influye mucho más en el contenido y la posibilidad de aprovechamiento de la información disponible por el grupo humano. La cultura es por eso el resultado informativo de las múltiples transmisiones realizadas por los hombres. Su volubilidad o proceso de

(8) Cfr. MOLES: *op. cit.*, pág. 156, y el resto de referencias a MOLES en *ibíd.*, páginas 131-184.

(9) PATRICK WILLIAMS y JOAN PIERCE: «Communications as Biosystem», en *Journal of Communication*, vol. 24-4, 1974, págs. 13-18.

constante cambio —e incluso la variedad de niveles culturales—, expresan la importancia de los *medios* de definición y selección de datos de la realidad utilizados en cada caso. En consecuencia, la comunicación es la llave de unificación de la cultura y las ciencias sociales, y la comunicación contiene en embrión cualquier revolución planteable en aquéllas.

La conocida máxima de que en los comportamientos sociales lo importante no es lo que *en realidad* son las cosas, sino lo que las personas y los grupos *creen que son*, se conjuga con esta dependencia (no existente en ningún otro sistema de comunicación no humano) de la *interpretación* particular y libre y de los *medios facilitadores de la interpretación* (llamados de información o comunicación). En última instancia, la «opinión pública», tan importante en la delimitación y legitimación del sistema político, no es más que un segregado social, inexplicable sin un análisis relacional de los medios y claves de interpretación de los que depende su formación.

De entre las múltiples consecuencias prácticas que pueden derivarse de esta línea de pensamiento, me limitaré a señalar dos:

A) Si la cultura es un producto de información y comunicación, las definiciones y limitaciones impuestas a la comunicación por los medios sociales de información actualmente empleados, condicionan el futuro del *hombre como especie*.

B) Unos medios de comunicación que no generan comunicación (que pseudocomunican) o que falsifican o simplifican la información necesaria a la especie, perjudican al futuro de la especie tanto o más que (desde el punto de vista biológico) una mutación genética que se traduce en un ser subnormal.

En clave política volveríamos así al clásico problema de la «calidad» de las opiniones públicas, sin presuponer, por supuesto, soluciones elitistas, pero sí descubriendo una, tal vez espectacular, dimensión ecológica de la «opinión pública».

La aportación del «interaccionismo simbólico»

Mucho antes, en el primer cuarto de siglo, la escuela sociológica del «interaccionismo simbólico» había trazado ya las bases de las ciencias sociales en función de la idea de comunicación, por lo que también desde esta vía accederíamos a una comprensión interdisciplinar de sociología, «sociología de la comunicación» y «opinión pública».

Para el «interaccionismo simbólico», como muy bien explican Julio Carabaña y Emilio Lamo de Espinosa (10), las significaciones son algo externo y social que el individuo aprende. El pensamiento es una *interacción* (de las reacciones ante los gestos o los símbolos, que son su significado) *interna y simbólica*. Cuando el signo tiene el mismo significado para todos, es símbolo, así se hace general. La persona es consciencia de sí misma en cuanto consciencia de los otros.

Por tanto, la génesis de la persona tiene lugar a través del lenguaje en cuanto mecanismo de la reflexividad, y de ahí la importancia fundacional y de desarrollo del lenguaje y la comunicación: la sociedad humana no existía antes de existir interacción simbólica.

Pero así como al símbolo significante precedía el gesto (sin significación precisa), a la sociedad humana (con interacción simbólica) precedería alguna forma anterior que no podríamos calificar de tal sociedad. La comunicación, entonces, constituye a la sociedad al constituir a la persona, es decir, hace posible la adopción de papeles en medio de los papeles de los otros. «La comunicación es tan universal como la sociedad, y viceversa, la sociedad es tan extensa como la comunicación» (11).

El «interaccionismo simbólico» ha tenido sus bifurcaciones. El desarrollado por Talcott Parsons y otros discípulos de Mead (12), denominado por algunos «paradigma normativo», profundiza en la idea de que «la interacción simbólica está regida por normas». Para poder explicar la conducta del actor (sujeto) a partir de estas reglas es necesario que los participantes en un acto social subsuman del mismo modo sus acciones bajo las normas, y las legitimen a partir de valores compartidos, lo cual implica la existencia empírica de un *consensus cognitivo* y evaluativo.

Desembocamos de nuevo en la idea de «opinión pública», sobre todo siguiendo su acepción de *consenso* a la que ya apuntaba John Locke cuando la explicaba como «ley de la moda», «censura», etc., y a la que también se refiere Noelle-Neumann cuando considera que «opinión pública» es, en últi-

(10) Cfr. JULIO CARABAÑA y EMILIO LAMO DE ESPINOSA: «Resumen y valoración crítica del 'interaccionismo simbólico'», y EMILIO LAMO DE ESPINOSA: «Libertad y necesidad social: la aptortación de G. H. Mead», ambos en JIMÉNEZ BLANCO y otros: *Teoría sociológica contemporánea*, Tecnos, Madrid, 1978.

(11) Para el «interaccionismo simbólico» originario, cfr., por ejemplo, G. H. MEAD: «The Social Self», en *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Method*, X, 1913, págs. 374 y sigs., y *Mind, Self and Society* (v. o. 1934), Univ. of Chicago Press, 1974.

(12) Cfr. T. PARSONS: *El sistema social*, Rev. de Occidente, Madrid, 1966.

ma instancia «consenso» o «control social», y de ahí la razón interna de su teoría sobre «la espiral del silencio» (13).

Dicho de otro modo: Cuando entre las diversas acepciones de «opinión pública» apuntamos al concepto de Rovigatti «opinión matriz» (para distinguirlo del más particularizado, cambiante y diverso de «opinión juicio») (14), nos encontramos con que esa supraopinión, común a grandes colectividades, en cierto modo identificada con la tradición y de una cualidad más persistente que la mera «opinión mayoritaria» —mención tan recurrente en la teoría política clásica y actual—, estamos en definitiva incidiendo sobre el concepto de interacción pautada y sobre las pautas de la interacción, tan de raigambre sociológica. De ahí una vez más que, si desde el campo de la teoría política y desde la teoría sociológica se apunta hacia la misma cosa en este punto concreto, bueno será combinar los métodos de análisis en beneficio de los resultados.

Pero la explicación del «paradigma normativo» no es sostenida, en cambio, por otros discípulos de Mead. En concreto por el denominado «interaccionismo simbólico de la escuela de Chicago», con referencia especial a Blumer, pues aunque parten del individuo como ser social y del espíritu como producto de la sociedad, consideran imposible explicar el comportamiento del individuo a partir de las solas normas y roles definidos. Aquí, al contrario, sin perder de vista la idea de consenso, *cada individuo tiene sus propias reacciones*.

Esta segunda versión del interaccionismo simbólico proporciona, por contra, a mi juicio, una visión más global y ajustada de la relación entre individuo, sociedad y «opinión pública», porque supone que las normas, roles e instituciones con las que los normativistas explican la acción social individual, deben ser entendidas a su vez, en virtud de la *comunidad de interpretación* y de la definición del consenso de los participantes, a su vez abierto a errores, incertidumbres e innovaciones. Tal es, en síntesis, la aportación del apodado «paradigma interpretativo» de Blumer, Hughes o Turner.

Según este último modelo, las interpretaciones de la interacción no suceden conforme a un modelo estático y de identidad con el *consensus* presente, sino que responden, en palabras de Carabaña y Lamo de Espinosa, a un «principio de discrepancia», y, por tanto, dinámico.

Esta nueva imagen de la relación individuo-consenso social responde con

(13) La referencia a Locke y Noelle-Neumann en E. NOELLE-NEUMANN: *op. cit.*, páginas 144-145 y 153, especialmente.

(14) Noción de «opinión pública matriz» y «opinión pública juicio», en V. ROVIGATTI: *Lecciones sobre la ciencia de la opinión pública*, Quito, Ecuador, 1981, páginas 9 y siguientes.

mayor fidelidad al tipo de relación individuo-«opinión pública» que las pruebas sociológicas nos presentan.

Es cierto, como apuntan Carabaña y Lamo de Espinosa, que el *consensus* es un problema mucho más complejo, que de ningún modo puede reducirse a la cuestión de la comunicación, ni siquiera en el sentido más profundo de este término (podríamos estar de acuerdo en que estamos en desacuerdo, luego entonces, ¿dónde queda el consenso?), pero lo que es un hecho, creo que demostrado, es que el tema del consenso *arranca* del problema de la comunicación, de los canales empleados para la misma y de la propia constitución de la sociedad. Y para desarrollar la naturaleza, estructura y problemas del consenso es precisamente para lo que se constituye, a mi juicio, la disciplina «opinión pública».

La aportación de la «sociología del conocimiento»

Por último, este recorrido por la teoría sociológica, justificador de la confluencia propuesta, quedaría incompleto —dentro del esquema mínimo aquí trazado—, sino se aprovechara la focalización servida por la denominada «sociología del conocimiento».

Previa y simultáneamente al «interaccionismo simbólico», la «sociología del conocimiento» de un Max Scheler, por ejemplo, ya había afirmado que la «base existencial» es el origen o causa de las ideas y opiniones. De modo que coincide, aunque matice diversamente, con respecto al citado interaccionismo.

Para Max Scheler, toda persona auténtica y finita se integra siempre como miembro en *personas colectivas complejas*. «La persona colectiva compleja» es una especie particular de la totalidad social y supone una comprensión recíproca, un flujo de lo vivido en común. En consecuencia —y coincidiendo con Marx del que esta sociología es deudora—, el pensamiento está en función de una base social o cultural (15).

A simple vista puede descubrirse el interés que esta formulación tiene para una comprensión global de la teoría sobre la «opinión pública». Porque en última instancia, la «opinión pública» como producto mental y cultural típico, con una función interna (o como resultado) de esa «persona colectiva compleja», debería ser explicada a partir de los condicionamientos «infraestructurales» que canalizan la formación de las distintas opiniones y actitudes, particulares o grupales. Al mismo objetivo apunta la inter-

(15) Cfr. MAX SCHELER: *Sociología del saber*, Rev. de Occidente, Madrid, 1935.

pretación marxista de la «opinión pública», cuando habla no de una, sino de diferentes opiniones públicas, tantas como clases, ya que en cada caso las relaciones de producción y de relación vividas por cada uno determinan la estructura y contenido de su pensamiento.

Es, pues, significativo que, para Scheler, el papel de la «sociología de la cultura» (en la que se incluye su sociología del saber) consiste en ayudar a investigar los *a priori* subjetivos y funcionales que influyen en cada conocimiento. Dicho así, este objetivo no difiere mucho del planteado por buena parte de los investigadores del fenómeno «opinión pública», sin sustraerse de ello ni los más rabiosamente empiristas.

Karl Manheim, dada su personalidad peculiar o heterodoxa dentro de la «sociología del conocimiento», puede aportar nuevos elementos enriquecedores del análisis sobre la «opinión pública».

También para él, el individuo aislado en muy raras ocasiones crea la forma de discurrir y de pensar que le atribuimos: «Bien miradas las cosas, es un error llegar a decir que el individuo aislado piensa.» Se propone elaborar un método adecuado para analizar y descubrir el pensamiento de individuo en colectividad y su evolución, que no obstante se diferencia de modo radical del pensamiento lógico del intelectual y el científico (en los que sí encuentra pensamiento individual y la explicación del progreso que exigirá Hans Neisser en su crítica a la «sociología del conocimiento») (15).

Por consiguiente, cuando hoy insistimos en temas como los estereotipos, los tópicos, los rumores, los mecanismos psicosociales de la formación de actitudes, etc., estamos coincidiendo con Manheim en la búsqueda de explicación de las claves sociológicas e ideológicas de las distintas modalidades de opiniones compartidas. Y al igual que él, estamos distinguiendo entre las peculiaridades del conocimiento social y las del conocimientos científico o de intelectuales aislados. Asimismo, tal y como figura en la raíz de toda la «sociología del conocimiento», hoy también nos preocupamos por los canales de información y formación del conocimiento social, y de ahí la «sociología de la comunicación» y de la «opinión pública» (17).

No es extraño por ello que, como recuerda Martín López (18), Manheim,

(16) Cfr. HANS NEISSER: *Sociología del conocimiento*, La Pléyade. Buenos Aires, 1972.

(17) Otras referencias sobre Manheim y sobre la «sociología del conocimiento», por ejemplo, en KARL MANHEIM: *Ideología y utopía*, México, 1941, y *Ensayos de sociología de la cultura*, Aguilar, Madrid, 1962, y ANTONIO CASO: *Sociología*, capítulo sobre «Sociología del conocimiento», Ed. Limusa, México, 1969.

(18) Cfr. ENRIQUE MARTÍN LÓPEZ: «Karl Manheim», en *Enciclopedia C.E.R.*, volumen XIV, Rialp, Madrid, 1973, págs. 875-876.

en su última etapa inglesa, resultara influido por el pragmatismo conductista y la sociología aplicada en general, para tratar de discernir problemas ya tan concretos como el estudio de formación de las élites y las ideologías, o su intento de establecer una pedagogía para la formación de individuos para la libertad en sociedades democráticas. Es decir, que en última instancia y como más recientemente hará Jürgen Habermas, pondrá la teoría sociológica al servicio de una teoría de la comunidad, de innegable vinculación con esa vertiente primordial del Derecho político democrático que sigue siendo la teoría de la «opinión pública». Una vez más todos los caminos se entrecruzan.

EL MARCO POLITICO

Como ya había quedado apuntado, la otra gran corriente, desde el punto de vista académico, que desemboca en la sistematización de la «opinión pública» es la elaborada a lo largo de los siglos por los pensadores de la filosofía política y del Derecho político después, al menos en lo que se refiere a la cultura occidental.

Prácticamente desde Platón hasta la actualidad no ha habido pensador social que no se haya referido, con un planteamiento u otro, al valor político, real o ideal, de las diferentes opiniones particulares o colectivas, a los mecanismos de limitación del poder por la presión de los ciudadanos, a los canales de detección de las voluntades populares por parte de los gobernantes, o al peso específico de la «opinión pública» en definitiva.

Una exposición detallada de este proceso es inabordable, por razones obvias, cuando ni siquiera en dos o tres capítulos de un temario de «opinión pública» pueden trazarse más que las líneas genéricas de una historia del pensamiento político sobre la «opinión pública» en Occidente.

Es preciso, sin embargo, destacar que entre los constitucionalistas, académicos del Derecho político e historiadores europeos de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, se concreta la especificidad de un tema característico de la teoría del Estado que puede denominarse con propiedad «opinión pública».

Sin olvidar los precedentes de Mackinnon, Urquhart o Holtzendorff, por citar sólo algunos (19), son autores como Herman Heller o Adolfo Posada en España (20), los que destacando la importancia del tema consideran en

(19) Cfr. FRANCIS G. WILSON: *A Theory of Public Opinion*, Henry Regnery Co., Chicago, 1962.

(20) Cfr., HERMAN HELLER: *Teoría del Estado*, 2.ª ed., México, 1947; ADOLFO POSADA, cfr. J. I. ROSPIR: *Los orígenes de la opinión pública en España*, tesis doctoral, inédita, Universidad Complutense, 1983.

bloque toda esta corriente denominada «tradición clásica». Perfilan un enfoque de la «opinión pública» que aun no habiendo sido sostenido, por lo general, por la triunfante corriente pragmatista de los «sondeólogos», ha sido tenida muy en cuenta por autores como Habermas o Noelle-Neumann, y es hoy, en mi opinión, pieza fundamental para la constitución de la nueva materia integradora.

La aportación de la «comunicación política»

La dimensión política de la «opinión pública» ha sido por otra parte revitalizada a partir de la configuración, también con visos de motor de arranque de una nueva interdisciplinariedad, de la llamada «comunicación política», a la que Dan Nimmo considera ya con la suficiente madurez como para haber dejado de ser el «pariente pobre» de la sociología política y otros campos afines (21).

Seguramente como consecuencia de la progresiva atención sociológica —ya comentada—, al concepto de comunicación, la propia tradición clásica de estudios políticos sobre la «opinión pública», ha ido inclinándose poco a poco hacia el concepto implícito de comunicación que existe en toda formación o expresión de opiniones; y así ha llegado casi a sustituir como disciplina académica, a la un tanto agotada vieja asignatura de «opinión pública».

Esto es en síntesis lo que señala también, en su reciente artículo programático, Jean Padioleau, quien en el mismo título de su trabajo resume este proceso: *De l'opinion publique à la communication politique* (22).

Padioleau justifica además esta idea de recambio y comenta por ejemplo que la «opinión pública» pertenece, en una primera aproximación, al dominio de las creencias o al reino de las ideologías. La opinión pública —añade—, es una creencia esencial en el universo simbólico de las sociedades liberales y, por tanto, el análisis de esta creencia es fundamental para la comprensión de estos sistemas políticos.

Más aún, sigue exponiendo Padioleau, si analizamos también la identificación restrictiva que se viene haciendo en nuestra época entre «opinión pública» y opiniones particulares medidas a través de sondeos, nos encontramos con que hoy surge una nueva forma de legitimación política: los re-

(21) DAN NIMMO: «Alternatives pour l'étude de la communication politique», en *Revue Française de Communication*, núm. 2, Hic., 1979.

(22) JEAN PADIOLEAU: «De l'opinion publique à la communication politique», en JEAN PADIOLEAU y OTROS: *L'opinion publique: l'examen critique, nouvelles directions*, Mouton, París, 1981.

sultados de los sondeos se toman y presentan como expresión de las voluntades de la «opinión pública». Y aún va más allá: «El artefacto encuesta fuerza la realidad.» Los resultados de los sondeos, publicados por los medios de comunicación son presentados *como si* representasen las «voluntades» de la opinión pública. Por otra parte, en una sociedad en la que el individuo se siente pasivo y minusvalorado, la técnica del sondeo pretende colmar su necesidad de participación. Cuestión ésta ya planteada en los años cincuenta por Wright Mills en *La élite del poder* (23).

Desde esta perspectiva, las cuestiones de «opinión pública» no sólo tienen una clara trascendencia política, sino que sus temas característicos, aun los más «asépticos» como las técnicas de medición de opiniones, la proliferación de institutos de sondeos, la presencia de las «relaciones públicas», dejan de ser «islas» descontextualizadas del pensamiento político, tal y como quisiera un muy extendido pragmatismo conservador.

Por otro lado, esta reordenación de la vieja «opinión pública» hacia análisis más fructíferos que los aportados por sus dos conocidas versiones antagónicas, la «tradición clásica» (intuitiva e idealista), y la pragmática «administrativista» de la medición de opiniones, podía haber sido denominada «opinión política».

En la nueva «institucionalización» académica se ha preferido, sin embargo, la denominación «comunicación política», en primer lugar por el desgaste sufrido por la vieja etiqueta (como ya se ha venido repitiendo), unido a la necesidad salomónica de no asociar exclusivamente el apelativo «opinión pública» ni a los teóricos ni a los pragmatistas.

Pero en segundo lugar ha triunfado la denominación «comunicación política» porque frente al difuso concepto arcaico de «opinión pública» se oponía la innegable realidad de estar hablando de «comunicación» cada vez que se hacía referencia a este conjunto de fenómenos que nos preocupan. Se reinterpretaba así la herencia cultural aquilatada y se llegaba a afirmar, como hace Nimmo (24), que el propio Aristóteles ofrece ya la primera reflexión sistemática sobre la «comunicación política».

Dentro de esta reinterpretación, la corriente de análisis simbólico-interaccionista de la política (sin duda emparentada con el «interaccionismo simbólico») es una de las que más fervientemente postula la nueva denominación. La sociedad política, dicen (25), es un flujo de interacciones entre unos ac-

(23) Cfr. WRIGHT MILLS: *La élite del poder* (v. o. 1956), Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

(24) DAN NIMMO: *op. cit.*

(25) Cfr. por ejemplo, P. M. HALL: «A Symbolic Interactionist Analysis of Politics», en *Sociological Inquiry*, vol. 42, núms. 3-4, 1972; MURRAY EDELMAN: *Political*

tores —ciudadanos y élites políticas— que definen y negocian sin cesar, con mayor o menor intensidad, el orden constituido. En realidad, se trata de un proceso constantemente recomenzado de *comunicación política*.

La «comunicación política» así se instaura como idea nuclear de la ulterior ciencia política: las estrategias y actuaciones de los actores o actuan-tes políticos varían en función de su acceso a las fuentes materiales y simbólicas del poder e influencia disponibles en una colectividad, y sin ninguna duda (volvemos a enlazar con la sociología de la comunicación), la fuente de acceso simbólico a la política son los medios de comunicación. La noción de «opinión pública» queda entonces estrechamente ligada a la de comunicación política, condicionando ésta y transformándola.

Desde 1956 (26), fecha que suele citarse como de arranque institucionalizado de la actual especialidad, ha pasado, pues, a ser un nuevo punto de encuentro y de partida, con suficiente desarrollo, incluso, como para haber dado ya lugar a distintas subcorrientes doctrinales que Robert Meadow presenta y explica en su *Politics as Communication* (27).

Me queda personalmente la duda de la también tradicional polémica sobre las dimensiones no sólo políticas de los fenómenos del que, con Habermas, me gusta llamar «espacio público», y por ello, sin olvidar esa repercusión política que en último término todos estos fenómenos tienen, me atrevería a proponer la etiqueta de *comunicación pública* como noción más ajustada a lo que queremos abarcar.

Pero, en definitiva, tras el recorrido sociológico y politológico propuesto de las diferentes áreas, vuelve a parecerme más comprensivo un retorno a una disciplina llamada «opinión pública» sin más que, una vez situada en el entrecruzamiento de todas sus coordenadas, puede contribuir autodisciplinar e interdisciplinariamente al fuerte desarrollo científico de las Ciencias de la Comunicación o la Información.

Las concomitancias aquí apuntadas entre esas distintas aproximaciones creo que aconsejan precisamente la revitalización desde dentro y no desde fuera de esa popular expresión, «opinión pública», que, siguiendo a Padiouleau, se refiere a algo que, «como el diablo, debe existir puesto que se pronuncia su nombre», pero que le ocurre «lo que a los elefantes, difícil de definirlos, pero fácil de reconocer uno» (28).

Language: Words that Succeed and Policies, that fail, Academic Press, Nueva York, 1977, y PADIOLEAU: *op. cit.*

(26) ELDERVILD y JANOWITZ EULAU: *Political Behavior*, 1956.

(27) ROBERT MEADOW: *Politics as Communication*, Ablex Co., Norwood (N. J.), 1980.

(28) PADIOLEAU: *op. cit.*, pág. 25.

No se trata ahora de intentar tampoco una formulación definitiva del concepto, pero, en virtud de todo lo anteriormente expuesto, sí creo que han surgido las bases estables para obtenerlo.

CONCLUSION: EL PUENTE SOCIO-POLITICO

A lo largo de lo escrito he intentado mostrar que es perfectamente posible, e incluso necesario para las Ciencias de la Información o la Comunicación, el reencuentro de una serie de corrientes de investigación social en el punto que tienen de preocupación común: la configuración del «espacio público».

Tales sendas separadas han sido, desde un punto de vista estructural, las orientaciones autoexcluyentes de pragmatismo descriptivo y normativismo teórico, y desde un punto de vista de contenidos, el enfoque sociológico y el enfoque político.

Por un lado, la línea «tradicional» derivada del Derecho político, la ciencia política o la filosofía política, ha sido, desde el punto de vista histórico, la plataforma originariamente sustentadora, inspiradora y hasta configuradora de la cuestión. Desde los griegos clásicos, pasando por los racionalistas europeos y los constitucionalistas de los siglos XIX y XX, ha llegado incluso hasta nuestros días con teóricos de la opinión pública política como Luhmann y Habermas.

Esta línea es la configuradora de una concepción normativa de la «opinión pública», idealista y filósófa, que pretende deducir las conexiones entre «opinión pública» y teoría del Estado, o más concretamente, teoría de la democracia. A menudo ha sido denominada «corriente crítica» (aunque este adjetivo sólo le correspondería en puridad al planteamiento habermasiano), porque pretende deducir las características éticas y funciones que la «opinión pública» debe reunir para la consolidación democrática y la legitimación de la representación política.

Por otra parte, ha existido una corriente psicossociológica de la «opinión pública» que incluso arranca de los análisis asistemáticos e intuitivos, pero perspicaces de un Maquiavelo, del propio Locke o Rousseau, de un Madison entre los «Founthing Fathers» norteamericanos, o Stuart Mill más adelante.

En torno al siglo XX y como consecuencia del triunfo positivista en las ciencias sociales se convierte en la línea impulsora de la «opinión pública» entendida como una especialidad de la sociología operativa. Corresponde a una visión que pretende ser más pragmática o aideológica, y en consecuencia choca radicalmente con el planteamiento normativista. Cristaliza de modo

principal en la versión «administrativista» norteamericana que acaba reduciendo en buena parte la «opinión pública» al problema de los sondeos.

Han existido no obstante otras variantes de la investigación social, de mayor peso y esfuerzo teórico, que como se ha intentado mostrar, también realizan aportaciones capitales al estudio de la «opinión pública», pero que en general habían tenido la escasa fortuna de verse postergadas por el brillo positivista.

En cualquier caso, de la conjunción de las grandes líneas antagónicas —con todas sus variedades—, puede nacer la nueva concepción global de la «opinión pública» o la «comunicación pública», y ello a pesar de la virulencia con que los académicos han venido viviendo el enfrentamiento.

Así por ejemplo, mientras un normativista como Habermas ha hablado despectivamente durante las últimas décadas de la «visión sociologista», miope y carente de fuerza teórica para instar a un cambio social (29), la voz desde el otro lado de Noelle-Neumann calificaba al concepto teórico-político de la «opinión pública» como primario, idealista y peligroso, por sustituir el análisis del público real (según sus datos calificable de miedoso, irracional y gregario) por las excelencias de una opinión pública racional, «inventada», fundamentadora de una democracia imaginada que no deja de ser utópica (30).

El establecimiento de un puente, como ya se ha dicho, para la separación de estas confrontaciones estériles, conduce en el terreno de lo concreto a una síntesis de las estrategias de investigación empíricas con las reflexiones históricas, éticas y políticas acerca de la evolución de las comunidades *políticas* y *sociales* contemporáneas.

Todo lo cual, de suyo, desemboca en el aprovechamiento conjunto de los resultados de investigación en *sociología de la comunicación*, *opinión pública* en su sentido restringido, y *comunicación política*.

Sólo así podrá hacerse frente a problemas tan conectados y urgentes como la definición del papel político de los ciudadanos corrientes y del nivel de calidad —no sólo cantidad—, informativa que necesitan éstos para su mínima capacidad de participación responsable en las decisiones que les conciernen.

Sólo así podrá también reflexionarse sobre si los medios periodísticos pueden (y/o deben) contribuir a crear una sociedad más democrática; o

(29) Referencia de HABERMAS sobre miopía de la «visión sociologista» en «Disolución psicosociológica del concepto de opinión pública crítica», en *op. cit.*, páginas 254 y siguientes.

(30) Cfr. NOELLE-NEUMANN: *op. cit.*, págs. 150-151.

sobre si una filosofía política de «servicio público» de los medios industriales de comunicación —a la que aluden Blumler o Schudson (31)—, ha dejado de ser una recelada tentación dirigista para convertirse en imprescindible impulso a la «educación cívica», tal y como también habían reclamado Manheim y Habermas.

(31) Cfr. JAY BLUMLER: *op. cit.*, y MICHAEL SCHUDSON: *The News Media and the Democratic Process*, Aspen Institute for Humanistic Studies, Nueva York, 1983.

